

PROPÓSITOS FILOLÓGICOS DE LA COLECCIÓN
CLÁSICOS CASTELLANOS DE LA EDITORIAL LA LECTURA
(1910-1935) *

ANTONIO MARCO GARCÍA
Universidad de Barcelona

Al iniciarse el presente siglo XX, la Institución Libre de Enseñanza avanza, favorablemente, hacia una reforma en su concepción doctrinaria; la tesis cerrada del «institucionismo» se transforma en estilo flexible, en práctica «ideología» —según la acertada definición de Manuel Tuñón de Lara—¹ y su manifestación se evidenciará en la simbiosis de las ideas de la Institución con la multiplicidad de corrientes intelectuales y culturales vigentes en estos momentos, y su acción se canalizará gracias a la labor de «impregnación» realizada por centros para-institucionistas. Se mantiene siempre la prioridad de la educación con el fin de que el hombre pueda elevarse hasta la plena conciencia de sí mismo² se conserva el propósito liberal en el plano sociopolítico³ y

* Ponencia aceptada en el X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Barcelona, agosto de 1989), realizada con una Ayuda del Programa de Estudios «Joan Maragall» de la Fundació José Ortega y Gasset-Fundació Caixa de Barcelona.

1. «Sistema de representaciones —conceptuales, valorativas e incluso intuitivas— de una clase, estrato o grupo, construidas sobre la práctica social, haciéndose así “formas de conciencia social”», MANUEL TUÑÓN DE LARA, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1977³, p. 13.

2. «El espíritu educador toma en el primero (Sanz del Río) un sentido filosófico y metafísico, se impregna en el segundo (Giner de los Ríos) de la más austera severidad jurídica y moral, adquiere en el último M. B. Cossío) la calidad de una obra de arte», JOAQUÍN XIRAU, *Manuel Bartolomé Cossío y la educación en España*, Barcelona, Ariel, 1969, p. 15. Cfr. JUAN LÓPEZ MORILLAS, *Racionalismo pragmático. el pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza, 1988.

3. «Aquella venerable institución se convirtió en la fuente principal del nacionalismo liberal de nuestro siglo XX y, a la vez, en el lugar físico donde —entre 1900 y 1936— se llevó a cabo una gigantesca tarea intelectual», JOSÉ CARLOS MAINER, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983², p. 87.

en el cultural, el reformismo se fundamenta en una nueva valoración de la tarea intelectual.⁴ En lo que fue una Universidad libre, creada por don Francisco Giner de los Ríos, se ponía de manifiesto una nueva impronta que venía determinada por la propia evolución histórica.⁵ La agudeza y la visión de futuro excepcionales de Giner de los Ríos marcaron la actitud aperturista de la Institución Libre de Enseñanza al crear la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, «el hecho más decisivo de la historia cultural hispana contemporánea» en palabras de Claudio Sánchez Albornoz.⁶

Por real decreto (11 de enero de 1907) se funda dicha Junta,⁷ convirtiéndose, así, en el organismo público de la Institución; ésta, por su carácter privado, calificado de «elitista», ofrecía una apertura no sólo formal, sino también —y sobre todo— en el nivel ideológico. Fue este hecho el encumbramiento de la ascendente influencia institucionista en la esfera oficial y social, ya que con ello quedaba demostrada la aspiración institucionista de modificar y mejorar la enseñanza con fines prácticos. Esta tribuna de difusión de las ideas y experiencias del institucionismo que fue la Junta para Ampliación de Estudios⁸ estuvo presidida por Santiago Ramón y Cajal, de 1907 a 1934, y posteriormente por Ignacio Bolívar, de 1934 a 1936; entre sus vocales destaca la presencia de Ramón Menéndez Pidal; pero alma de la Junta fue, sin duda alguna, su secretario permanente, José Castillejo, profesor de Derecho y hombre formado en el marco de la Institución Libre de Enseñanza por Giner de los Ríos y M. B. Cossío, y gracias a su hábil gestión en la Junta, aprovechando todas las coyunturas favorables de los azares de la política, pudo facilitar la realización de todas las iniciativas que le eran presentadas. La concepción pedagógica de Castillejo era declaradamente anglófila, y por ende rechazaba los estudios e investigaciones que sobre este temática podía aportar la cultura inglesa; se esforzó en poner en práctica y adaptar un modelo de desarrollo educativo inspirado esencialmente en las obras de Fröbel y Pestalozzi. Ello no limitó ni modificó la tarea de la Junta, que siguió

4. «Su escuela (de Giner) trató de establecer contactos personales entre docente y alumno, de adoptar todo progreso realizado en los métodos educativos y europeos y de ampliar el programa mediante cursos de arte, folklore y asignaturas técnicas; a los alumnos se les incitaba a practicar deportes y a hacer excursiones al campo», Raymond CARR, *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 448.

5. Vid. Vicente CACHO, *VIU La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Rialp, 1962; Antonio JIMÉNEZ-LANDI, *La Institución Libre de Enseñanza. I) Los orígenes*, Madrid, Taurus, 1973; del mismo autor *La Institución Libre de Enseñanza. II) Período parauniversitario*, Madrid, Taurus, 1987 (2 vols.) y *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Tecnos, 1977.

6. Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Españoles ante la historia*, Buenos Aires, 1977³, p. 193.

7. Resumo algunos datos del reciente libro de José Luis ABELLÁN, *Historia crítica del pensamiento español. 511) La crisis contemporánea (1875-1936)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pp. 178-186.

8. Vid. AA.VV., *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, trabajo de investigación inédito en la Fundación Juan March, Madrid, 1981 (5 vols.).

fielmente los dos objetivos fundamentales que le habían sido asignados: ofrecer a los hombres cualificados con un futuro profesional docente la formación rigurosa con todos los medios posibles para emprender investigaciones y poder superar las carencias de espacio, de aparatos o de recursos que pudieran dificultar la tarea del investigador; y el de proporcionar los medios y facilidades al actual profesorado y a los estudiantes mejor instruidos para seguir de cerca los avances de las naciones más cultas, pudiendo tomar parte con positivo aprovechamiento y poder elevar a un nivel cada vez más alto los conocimientos científicos de las jóvenes generaciones, gracias al fomento de becas para viajar a Europa. Este logro cultural que durante treinta años cumplió con sus propósitos, fue, según opinión valorativa del propio secretario Castillejo «el principal órgano de vanguardia en la renovación educativa del país».⁹ De ella nació una serie de centros que han dejado su huella en el ámbito de la cultura española de este momento histórico, y particularmente en el sistema educativo de este país.

Mención especial merece el Centro de Estudios Históricos, organismo dependiente de la Junta, que fue creado por real decreto (18 de marzo de 1910);¹⁰ estuvo dirigido por Ramón Menéndez Pidal, persona vinculada estrechamente a la Institución manteniendo una relación de «simpatía» (en su sentido más etimológico), ya que, como indica José Portolés:

Hablar de un magisterio directo de Giner de los Ríos en la formación intelectual de Menéndez Pidal es aventurado. Rastrear el posible ascendente que tuvieron sobre él el padre de la Institución Libre de Enseñanza o sus numerosos discípulos es, sin embargo, imprescindible. Plausiblemente don Ramón lee las obras de Francisco Giner de los Ríos, pero, en cualquier caso, directa o indirectamente, sus ideas no le fueron extrañas.¹¹

Aunque Manuel Pedregal afirme que don Ramón «fue colaborador de don Francisco (...)» y Elías Díaz no lo nombre como discípulo, y sí lo haga Dolores Gómez Molleda,¹² lo cierto es que Menéndez Pidal tempranamente tuvo relaciones profesionales con los discípulos de la «tercera generación», los llamados «nietos de Giner». El Centro de Estudios Históricos estaba constituido de varias secciones: para el estudio de la lengua de la literatura, el arte y la ciencia «en» y «desde» España; el mismo don Ramón dirigía la Sección de Filología, contribuyendo a cambiar el panorama de la cultura española y proponiendo una investi-

9. José CASTILLEJO, *Guerra de ideas en España*, Madrid, Revista de Occidente, 1976, p. 99.

10. Vid. nota 7. El Centro de Estudios Históricos tuvo su ubicación en el piso bajo de la Biblioteca Nacional (Paseo de Recoletos); posteriormente su sede fue en la calle de Almagro (1920), y el tercer y definitivo traslado fue al edificio del antiguo Palacio de Hielo en calle Medinaceli (1930).

11. José PORTOLÉS, *Medio siglo de filología española (1896-1952). Positivismo e idealismo*, Madrid, Cátedra, 1986, p. 34.

12. *Ibidem*, n. 55 y 56.

gación a fondo de nuestra historia —o «intrahistoria» que dirían Giner y Unamuno— estimulando los estudios de «nacionalismo filológico», según la afortunada expresión de José Carlos Mainer.¹³ Del centro nació una publicación, la *Revista de Filología Española* (1914), vehículo desde el cual dieron a conocer los trabajos de investigación y estudios que allí se realizaban en un ambiente fraternal; en ello han coincidido dos de sus colaboradores al recordar este organismo: Tomás Navarro Tomás y Rafael Lapesa, respectivamente:

El centro, que como queda indicado carecía de reglamento formal, habituada a observar rigurosa disciplina en la ejecución del trabajo: fidelidad a las fuentes, exactitud en los datos y juicios debidos a estudios anteriores, sobriedad y claridad de exposición, etc. En el fondo la más valiosa enseñanza del centro consistía en el culto a la honestidad científica que don Ramón prescribía.¹⁴

El Centro de Estudios Históricos ofreció un ambiente radicalmente distinto al de la Universidad. Era un ambiente de trabajo alegre porque se sabía bien orientado. Sus primeros resultados saltaban a la vista: publicaciones que inmediatamente ganaban la estimación de los mejores, en España y en el extranjero.¹⁵

Menéndez Pidal, que desde 1901 era académico de la Lengua y desde 1912 lo era de la Historia, se erigió desde el centro como figura representativa, y maestro indiscutible de la filología española, respaldado ya por una importante serie de publicaciones fruto de sólidas investigaciones, tan nuevas en el panorama de la España de entonces. Bajo su mano rectora, y gracias a su fecunda labor desde la sección que dirigía en el centro, Menéndez Pidal marcó la dirección a seguir de la filología hispánica, innovándola completamente. El desolador estado en que se hallaban los estudios filológicos e histórico-literarios en nuestro país durante el último tercio del pasado siglo obligan a distinguir —aun más si cabe— la aportación hecha por don Ramón al adaptar

13. José Carlos MAINER, «De historiografía literaria española: el fundamento liberal», *Estudios de Historia de España. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, p. 471: «En el exacto promedio de estas encrucijadas, se hallaba de cierto, el embrión tardío de un concepto "nacional" de la literatura española, surgido al fin de las bodas del nacionalismo liberal y de la filología. Y bien arropado en el proyecto de la escuela del Centro de Estudios Históricos que, una vez más, respondía al peculiar esquema de actuación de los grupos intelectuales más fecundos en la vida nacional; una hábil combinación de oficialidad y de privatización, de categorías morales y exigencias científicas, de asepsia profesional y actividad pública».

14. Tomás NAVARRO TOMÁS, «Don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos», *Anuario de Letras*, VII (1968-1969), p. 19. Vid. *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico*, XVIII-XIX, pp. 70-71 (octubre-diciembre, 1970 - enero-marzo, 1971). Homenaje a Menéndez Pidal, concretamente: Antonio TOVAR, «Sobre la escuela de Menéndez Pidal», pp. 75-93.

15. Rafael LAPESA, «Don Ramón Menéndez Pidal. Ejemplo y doctrina», *Filología*, XIII (1968-1969), p. 10. Vid. del mismo autor: «Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos», *¡Alza la voz pregonero! Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1979, pp. 43-79.

y poner en práctica los principios importados de Europa a España; así lo precisa Rafael Lapesa:

Su labor docente fue acompañada por una tarea de ingente investigación lingüística, emprendida —como ya se ha dicho— sin contar con precedentes españoles. Menéndez Pidal tuvo que importar los métodos y técnica que tanto fruto estaban dando en Europa y aplicarlas al material que iba reuniendo mediante la explicación conjunta de documentos antiguos y los dialectos actuales.¹⁶

Menéndez Pidal asimiló, primeramente, los estudios de Meyer-Lübke, Diez, Hanssen, Gessner, para crear con originalidad una disciplina propia sustentada sobre dos pilares: tradicionalismo y evolucionismo. Del tradicionalismo presentaba, don Ramón, los vínculos existentes entre los hechos lingüísticos con la vida de cada comunidad hablante, dependientes de la historia general; superaba, así, el idealismo estetizante de Benedetto Croce y Karl Vossler, pero seguía, en cierta medida, la vocación iniciada por Manuel Milá y Fontanals de investigar las mejores tradiciones literarias y artísticas de España, penetrando en aquella zona más desatendida por la universal curiosidad de don Marcelino Menéndez y Pelayo; en opinión de Menéndez Pidal la lengua y la literatura eran mucho más que un medio de comunicación y su realización artística. El evolucionismo, cuya teoría ya formaba parte de la filosofía dominante en España en la época de formación de don Ramón, se identificaba con el positivismo de la Europa de fines del siglo XIX; contra su mecanicismo se rebeló. La concepción «filológica» de Menéndez Pidal se deslindaba de la de Menéndez y Pelayo. El rigor y la especialización frente a las limitaciones de la bibliografía y la desatención de la crítica textual se convertían en las dos características primordiales de su quehacer investigador. Menéndez Pidal elevó su disciplina a unos planteamientos teóricos propios con el fin de alcanzar la anhelada filología científica comparable a la europea. Este ambicioso propósito —que llegó a ser obsesiva preocupación—, lo realizó en un plano oblicuo respecto a las posibilidades que ofrecía la Universidad, aunque sin abandonarlas; cosa que sí hizo don Marcelino.

Con la superación del diseño científico positivista, Menéndez Pidal conseguía una concepción integradora de los hechos lingüísticos, de los literarios y de los históricos; don Ramón, y así lo señala su nieto y continuador Diego Catalán:

Se negó desde el principio de su carrera a aceptar la separación de filología y lingüística que los positivistas postulaban, porque en la lengua de la literatura se topaban, sin elusión posible, con el espíritu y su libre acción.¹⁷

16. Rafael LAPESA, «Don Ramón Menéndez Pidal. Ejemplo...», p. 5.

17. Diego CATALÁN, «Propósito», *La escuela lingüística española y su concepto del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1955, pp. 11-12.

Menéndez Pidal rescata y restaura el antiguo significado del concepto «filología» como «ciencia que se ocupa de fijar, restaurar y comentar los textos literarios, tratando de extraer de ellos las reglas del uso lingüístico» según la definición acertada de Fernando Lázaro Carreter;¹⁸ y su labor estará dedicada a la historia de la literatura y de la lengua entendiéndolas y valorándolas no como partes aisladas, sino en un amplio proyecto historiográfico, dando importancia a las conexiones y relaciones internas, y, sobre todo, regido por el sentido progresivo y renovador de los nuevos intereses y los caminos innovadores que el avance de las investigaciones proporcionaban. Estos vínculos interdisciplinarios son precisados por el estudioso de la obra de Menéndez Pidal, Francisco Abad:

Desde el principio manifestó (don Ramón) su fuerte personalidad hermanando el estudio de la lengua con el de la literatura, con doble aprovechamiento para los dos; y, rebasando los límites habituales de la filología, al relacionar los hechos lingüísticos no sólo con los literarios y folclóricos, sino además con los de la historia jurídica, institucional y política.¹⁹

La «interdisciplinariedad» entre ciencias propuesta por el que fuera llamado «uno de los primeros filólogos de su tiempo», fue el resultado de fusionar las investigaciones lingüísticas, las literarias y las históricas hasta conseguir una concepción integradora. La sucesiva superación de delimitaciones temáticas facilitaba la aplicación de una preocupación teórica de la lengua en la indagación literaria, y las unía íntimamente por la explicación sociohistórica. La relación interna de la lingüística, de la hermenéutica literaria y de la historiografía en la común tarea de la Sección de Filología, y en general en el Centro de Estudios Históricos es evocada muchos años después por otro colaborador, José Fernández Montesinos:

Por una vez, después de una eternidad, volvíamos a la gloriosa fórmula del barroquismo; no «lo uno o lo otro», sino «lo uno y lo otro». Lo que he llamado en alguna parte —y la frasecilla ha hecho fortuna— el arte de no renunciar a nada. Una plenitud artística que es capaz de todas las audacias es sensible a todos los estímulos.²⁰

18. Fernando LAZARO CARRETER, *Diccionario de términos filológicos*, Madrid, Gredos, 1968³, p. 187.

19. Francisco ABAD, «Prólogo», *Diccionario de lingüística de la escuela española*, Madrid, Gredos, 1986, p. 10.

20. José FERNÁNDEZ MONTESINOS, «Carta prólogo», *Estudios sobre Lope*, Madrid, 1967², p. XIV. Cit. por José CARLOS MAINER, art. cit., p. 469. El mismo investigador institucionista, en otra misiva, evoca el ambiente y el afán de trabajo del centro: «A don Alfonso Reyes», *Estudios sobre Lope*, México, Colegio de México, 1951, pp. 8-9: «Aquellos días mejores que los azarosos en que vivimos, cuando coincidíamos en Madrid, en aquel Centro de Estudios Históricos tan destaralado y tan amable (...). Hacíamos allí humanismo, más que la erudición seca y desamorada que hoy suele hacerse».

La filología se convertía en simbiosis de disciplinas distintas, todas ellas relacionadas complementariamente; ésta fue la más destacada característica de la llamada «escuela lingüística española». La unidad en el magisterio de su director no implicaba una limitación en los planteamientos y procesos investigados, ni impedía que cada uno de los miembros y colaboradores del «equipo de trabajo» desarrollara su capacidad creadora y orientase sus descubrimientos hacia un camino determinado. A la libertad del quehacer científico se unía el prestigio del rigor filológico que el propio Centro proporcionaba; así lo señala Eugenio Coseriu:

Pertenecer a la escuela de Menéndez Pidal no sólo constituye un título de honor y una garantía de seriedad científica, sino que al mismo tiempo implica una orientación teórica y metodológica móvil y viva, en la que lo viejo y lo nuevo se combinan armónicamente... La escuela de Menéndez Pidal es la única que ha mantenido y mantiene firme —y no sólo en teoría— el principio de la unidad de las ciencias filológicas, la única en que la lingüística se sigue cultivando conjuntamente con la historia y crítica literarias; por eso los lingüistas españoles suelen conciliar la erudición con la agudeza y, ya por su formación, son al mismo tiempo historiadores y críticos literarios.²¹

Alrededor de la figura de don Ramón, en el Centro de Estudios Históricos, una serie de discípulos se agrupaban y seguían la premisa que él mismo ponía en práctica: la de considerar la filología como un saber indispensable que debía servir a preocupaciones más altas. Los miembros de la «escuela de Menéndez Pidal», a pesar de las diferencias personales en los planteamientos «distintos muchas veces, respecto al criterio del maestro—, nunca se enfrentaban entre ellos ni con él, ya que eran conscientes de que los estudios que iban elaborando seguían el rigor científico que era característico por su formación.

Una nómina de filólogos de distintas edades que fueron alumnos de Menéndez Pidal, llegaron a ser, a su vez, maestros de otros, convertidos ya aquéllos en doctos colaboradores del Centro. Del magisterio directo de don Ramón destacan, particularmente, dos discípulos de entre los más activos, que a su vez encarnan dos aspectos complementarios de investigación; ambos siguen disciplinas distintas, pero con un punto de partida obligado y común. Son Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, las «manos izquierda y derecha»²² de don Ramón Menéndez Pidal; respectivamente, para ellos la literatura resultaba imprescindible para conocer el espíritu nacional, y la lengua era valorada como reflejo de las influencias culturales en la vida de un pueblo. Ambos parten de la misma

21. Eugenio COSERIU, *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 252-253.

22. José MAINER, art. cit., p. 465.

atención a la interdisciplina de la lengua y la literatura, pero cada uno se especializa en un campo distinto, y responde a una caracterización personal y determinante: «la noble fogosidad de Américo Castro o la templada firmeza de Navarro Tomás, los dos maestros jóvenes», como apunta Rafael Lapesa.²³

Desde el primer momento al incorporarse al Centro de Estudios Históricos el mismo año de su fundación, Américo Castro manifestó la honda atracción que sobre él ejercían los grandes problemas del pasado. Director de la Sección de Lexicografía del Centro de Estudios Históricos, y colaborador de Giner de los Ríos y alumno de M. B. Cossío, en la labor investigadora de Castro²⁴ se percibe el influjo de un nuevo historicismo, siguiendo un rumbo que le llevará hasta el planteamiento de problemas filosóficos, extraños a la labor de Menéndez Pidal. Sus investigaciones rebasaban el campo lingüístico para penetrar en la singularidad del hecho histórico, en el estilo y la visión del mundo de cada autor y de cada época literaria. Stephen Gilman ha marcado esta etapa investigadora de Américo Castro como «primera parte de su vida profesional», en la que se preocupa más de hallar leyes universales que aspectos individuales:

concentró sus esfuerzos e interés en situar las grandes obras de la literatura española dentro del contexto europeo. (...) un afán, digo, de poner de relieve la contribución de España a la cultura occidental, una contribución injustamente pretérita.²⁵

De Menéndez Pidal aprendió, don Américo, que el instrumento filológico resulta imprescindible para el estudio de la lengua y la literatura; pero don Francisco Giner de los Ríos, por cuya persona no cesó Castro de mostrar su admiración, fue el modelo de vida, el ejemplo de pensamiento, y de él heredó el espíritu inquieto e interrogante. Con admiración recuerda Rafael Lapesa la semejanza de su maestro Castro por comparación a la figura de don Ramón, maestro también suyo:

Yo he tenido la suerte de recibir el magisterio de dos, muy distintos en obras y carácter: don Ramón Menéndez Pidal, atenido a los datos para construir sobre ellos, mesurado, parco en manifestar su honda afectividad, y don Américo, esti-

23. Rafael LAPESA, «Don Ramón Menéndez Pidal. Ejemplo...», p. 11.

24. Américo Castro (1885-1972) estudió *Leyes y Filosofía y Letras* en la Universidad de Granada, donde se licenció en 1904. Durante los tres años siguientes amplió sus estudios en La Sorbona. Miembro de la Institución Libre de Enseñanza, colaborador de Giner de los Ríos y organizador del Centro de Estudios Históricos junto a Menéndez Pidal. Allí fue cofundador de la *Revista de Filología Española*. Miembro de la Academia de Bones Lletres de Barcelona.

25. Stephen GILMAN, «Américo Castro como humanista e historiador», *Estudios sobre la obra de Américo Castro* (ed. Pedro Laín Entralgo), Madrid, Taurus, 1971, p. 136. Vid. Paulino GARAGARRI, *Introducción a Américo Castro*, Madrid, Alianza, 1984.

mulado por intuiciones que luego contrastaba con los datos combativo y vehemente, tanto en sus iras como en sus generosidades. Don Ramón serenaba; don Américo suscitaba inquietudes.²⁶

Como Castro, Tomás Navarro Tomás²⁷ también se había incorporado al Centro de Estudios Históricos en 1910, año de su fundación; pero a diferencia de su compañero, Navarro Tomás restringió su campo de investigación casi exclusivamente a la fonética experimental, rama no cultivada hasta entonces en España. En el Centro dirigió el laboratorio de fonética que contaba con aparatos suficientes como para iniciar un riguroso estudio analítico de los sonidos y de las articulaciones de nuestra lengua. Entre quimógrafos, gramófonos y demás instrumentos, don Tomás inició su quehacer empírico con una doble vertiente: los textos con sus variantes, y la lengua viva con sus matices. Era ya un gran conocedor de los avances y técnicas europeas, y como indica Alonso Zamora Vicente:

En el camino de la nivelación con Europa que el Centro de Estudios Históricos había emprendido, nació el Archivo de la Palabra. Se pretendía hacer algo parecido a lo que se venía haciendo en el Instituto de Psicología de Berlín o en el Museo de la Palabra en París, entre otros.²⁸

En él se recogieron las voces de Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, R. Menéndez Pidal, Manuel B. Cossío, Pío Baroja, Ramón del Valle-Inclán, Santiago Ramón y Cajal, entre otros muchos.

Estos dos discípulos de Menéndez Pidal, pronto jóvenes maestros, siguieron el ejemplo recibido de él, tanto en la amplitud de miras profesionales como en la continua renovación investigadora: Américo Castro editando con rigurosidad textos medievales y obras de los siglos XVI y XVII, y Tomás Navarro Tomás aplicando el análisis fonético a la lengua y a los dialectos con la misma minu-

26. Rafael LAPESA, «Américo Castro. Semblanza de un maestro», *Poetas y prosistas. Veinte estudios de historia y crítica literaria*, Madrid, Gredos, 1977, p. 2. José Carlos MAINER, «Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)», *La doma de la quimera*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1988, p. 121: «El centro del hispanoamericanismo más activo pasó a serlo la Junta para Ampliación de Estudios y su organismo especializado, el Centro de Estudios Históricos (...) al segundo se debió la creación en la Universidad de Buenos Aires de un centro de estudios cuya brillante sobrevivencia hasta hoy y cuya ilustre ejecutoria no tiene parangón posible: me refiero al Instituto de Filología, creado en 1925 por Américo Castro y hoy denominado "Amado Alonso" en memoria de su segundo director (...)».

27. Tomás Navarro Tomás (1884-1970), colaborador y discípulo de Menéndez Pidal, fue miembro fundador de la Revista de Filología Española (1914); también fue miembro de la Real Academia Española (1935).

28. Alonso ZAMORA VICENTE, «Tomás Navarro Tomás», *Boletín de la Real Academia Española*, LXVI (septiembre-diciembre de 1979), p. 421.

ciosidad que a los versos y poemas líricos. Pero antes de que Castro desempeñara la cátedra de Historia de la Lengua Española en la Universidad Central de Madrid (1915) y ampliara su tarea docente y de investigación en el Centro de Estudios Históricos, y de que Navarro Tomás por su interés investigador recorriera los más prestigiosos laboratorios de fonética por Europa (1912-1913), ambos tuvieron como propósito iniciar una importante empresa editorial: la creación de una «biblioteca» de textos clásicos españoles, publicándolos según el criterio y rigor filológico aprendido directamente del magisterio de Menéndez Pidal. El propio Tomás Navarro Tomás así lo declara:

El plan era que Castro y yo, que aún no habíamos hecho oposiciones ni ganado plaza, nos dedicáramos plenamente a ir dando cada uno dos o tres volúmenes anuales para la colección.²⁹

La editorial desde la cual se iba a publicar esta colección estaría respaldada por una empresa ya consolidada, era la publicación hemerográfica *La Lectura (Revista de Ciencias y de Artes)* (1901-1920),³⁰ que se convirtió en prestigiosa tribuna de opinión de un determinado sector de jóvenes liberales y para-institucionalistas desde cuyas páginas expresaban sus ideas sobre cuestiones de reciente actualidad. Fue su director el gijonés Francisco Acebal (1866-1933), hombre formado en la Institución Libre de Enseñanza en la que se distinguió como uno de los más talentosos y entusiastas continuadores; por su constante relación con Giner de los Ríos, y particularmente con José Castillejo, colaboró con asiduidad en la Junta para Ampliación de Estudios, en la que desempeñó el cargo de vicesecretario. Los jefes de redacción de *La Lectura* fueron el diplomático Julián Juderías, de 1913 a 1917, y el pedagogo Domingo Barnés, de 1918 a 1920, miembro de la denominada «segunda promoción» de institucionistas o también «hijos de Giner». El proyecto de *La Lectura* quedaba enmarcada por dos ambiciosas empresas culturales, la predecesora *La España Moderna* (1889-1914) y por la *Revista de Occidente* (1923); las tres tras crear, primeramente, una revista, generaron de forma dependiente de ésta una editorial.

Riquísimo era el panorama editorial que presentaba Madrid, ya desde finales del pasado siglo XIX, pero a partir del segundo decenio del actual se experimentaba un importante y considerable auge editorial digno de tenerlo en cuenta; el crítico y novelista Manuel Ciges Aparicio lo anunciaba así en 1919:

España estaría de enhorabuena, si todas sus industrias hubiesen realizado los mismos progresos que en la editorial en los diez años últimos. Hace dos lustros,

29. Homero SERÍS, *Guía de nuevos temas de literatura española* (ed. D. W. McPheeters), Madrid, Castalia, 1973, p. 257.

30. Luis S. GRANJEL, «Biografía de *La Lectura*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 272 (febrero de 1973), pp. 306-314. Es el único estudio sobre esta revista cultural.

nuestros libros del tipo corriente no podían competir en presentación con los extranjeros. Hoy igualan a unos y superan a otros. Compárese cualquier volumen nuestro de tres o cuatro pesetas con los franceses de siete y se verá que los aventaja en el número de páginas, en la calidad del papel y en la impresión. Estos progresos son más sensibles cada día.³¹

Destacables eran los logros alcanzados en el campo editorial, pero no sólo en relación al número de ventas, ni a las mejoras de publicación, sino también en la organización de libreros y de editores; tal es la creación por iniciativa de un grupo afín a la corriente regeneracionista (Bailly-Baillièrre, Paz, Romo, etc.) de una «Asociación de Librería» que a partir de 1901 publicó *Bibliografía Española*, revista especializada que en 1923 cambió el nombre por *Bibliografía General Española e Hispanoamericana*. En estos mismos años tuvieron lugar dos importantes fusiones en el mercado editorial: la C.I.A.P. (Compañía Ibero-Americana de Publicaciones), editorial que englobó a *Renacimiento*, *Fe*, *Mundo Latino*, *Mercurio*, *Atlántico*, *Estrella* y *Hoy*; y C.A.L.P.E. (Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones) (1918) que se fundió con la catalana Hijos de José Espasa y crearon la editorial Espasa-Calpe (1925).³²

Entre La España Moderna, empresa dirigida por José Lázaro Galdcano que editó más de medio millar de libros,³³ y Revista de Occidente, fundada por deseo de José Ortega y Gasset en cuyos primeros trece años llegó a publicar doscientos setenta títulos,³⁴ dos importantes proyectos editoriales comparables por su magnitud, ambición y trascendencia destacan en el ambiente madrileño las aportaciones editoriales de Bernardo Rodríguez Serra, Saturnino Calleja, Hernando, Fernando Fe, Victoriano Suárez, Eduardo Zamacois, José Ruíz Castillo, Victorino Prieto, Gregorio Martínez Sierra, entre otros muchos; puntos de luz, todos ellos, que marcaban la dirección ascendente del mundo editorial español en el inicio del siglo XX.³⁵ Transformaciones, cambios y mejoras se fueron suce-

31. Manuel CIGES APARICIO, «Ayuda, no trabas», *El Imparcial*, 26 de julio de 1919. Cít. por VÍCTOR FUENTES, *La marcha del pueblo en las letras españolas 1917-1936*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, p. 28.

32. Me remito a José Esteban, «Editoriales y libros de la España de los años treinta», *Cuadernos para el Diálogo*, número extraordinario XXXII (diciembre de 1972), pp. 58-62.

33. Vid. Raquel ASÚN, *El proyecto cultural de «La España Moderna» y la literatura (1889-1914): Análisis de la revista y de la editorial*. Tesis doctoral, inédita. Facultad de Filología, Universidad de Barcelona, 1979 (4 vols.). Y especialmente su artículo: «La editorial “La España Moderna”», *Archivum*, XXXI-XXXII (1981-1982), pp. 133-199.

34. Vid. Evelyne LÓPEZ CAMPILLO, *La «Revista de Occidente» o la formación de minorías (1923-1936)*, Madrid, Taurus, 1972; Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de José Ortega y Gasset. «El Sol», «Crisol», «Luz» (1917-1934)*, Madrid, Rialp, 1920 (2 vols.) y Antonio ELORZA, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Madrid, Anagrama, 1984.

35. Vid. la interesantísima investigación de corte sociológico que destaca por su minuciosidad y rigor, de Jean-François BOTREL, *Pour une histoire littéraire de l'Espagne (1868-1914)*, Thèse présentée devant l'Université de Franche-Comté (28 novembre 1981), Atelier National de Reproduction

diendo en las tres primeras décadas, y éstos fueron debidos, en parte, y dependientes de la acción aperturista que se propuso llevar a término la Institución Libre de Enseñanza y de forma particular su principal órgano creado, la Junta para Ampliación de Estudios y de éste el Centro de Estudios Históricos que había sembrado el deseo de modernizar la cultura del pueblo español basándose en la educación. Motivación ideológica regeneracionista y necesidad educativa marcaron, en opinión de Hipólito Escolar, la labor de unos cuantos hombres que

por afán educativo y de regeneración del país, se lanzaron, con más ilusión que medios, a arriesgadas aventuras editoriales. Todos ellos, aunque algunos no nacieron en Madrid, vivieron en la capital y se consideraron madrileños.³⁶

Uno de ellos fue el mencionado Francisco Acebal quien creó y fomentó en Madrid la editorial La Lectura C. de Velasco y Cía., que él mismo dirigió. En ella fue redactor el también citado Domingo Barnés (1879-1940), personaje íntimamente relacionado con la institución y fiel seguidor de la doctrina institucionista y de la concepción ideológica.³⁷ Barnés, secretario y posteriormente director del Museo Pedagógico al sustituir a Manuel B. Cossío, irradió desde este centro las ideas y proyectos institucionistas; y su labor en pro de la educación se vio plenamente realizada al ser profesor de la Escuela de Estudios Superiores de Magisterio, desde donde culminó su proyecto de signo reformista. Domingo Barnés fue el alma de la editorial La Lectura,³⁸ y su in-

des Thèses, Université de Lille III, 1985. La reproducción en microfichas puede dificultar la consulta de este elogioso trabajo, parte del cual está publicado: *La diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*, Madrid, Biblioteca Casa de Velázquez, 1988.

36. Hipólito ESCOLAR, *Editores madrileños a principios de siglo*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984, p. 10. *Vid.* también del mismo autor: «Las bibliotecas y el libro al iniciarse el siglo XX», *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, LXXXII (enero-marzo de 1979), pp. 59-84, *Los editores y el cambio*, Madrid, Federación Española de Cámaras del Libro, Cámara del Libro de Madrid, 1982, y *Historia del libro*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1984.

37. Domingo BARNÉS, «Nota preliminar» a Francisco Giner de los Ríos, *O.C.*, tomo XVII, p. 8: «La vida, la filosofía y la educación las enfocaba (Giner) en una visión unitaria», escribe Domingo Barnés. *Cit.* por Dolores GÓMEZ MOLLEDA, *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1981, p. 214, n. 3.

38. Gabriel MOLINA NAVARRO, *Libreros y editores de Madrid durante cincuenta años (1874-1924)*, Madrid, 1924, *vid.* pp. 32 y 48. Cuando en 1930 la editorial Espasa-Calpe adquirió la colección «Clásicos castellanos», el pedagogo Domingo Barnés se incorporó en ella como director de esta «biblioteca». Referencias de esta colección de la editorial La Lectura aparecen en los catálogos de la Biblioteca Renacimiento (Madrid, 1915), en el de la Librería de Fernando Fe (Madrid, S.A.), y en el de la Librería de Antonio López (Barcelona, 1925). En este último se anuncia así la colección de «Clásicos castellanos» de La Lectura «magnífica colección de las mejores obras de nuestra literatura clásica, cuyos textos han sido sometidos a severa depuración filológica y anotadas y comentadas por críticos eminentes» p. 25.

fluencia alcanzó a las dos colecciones que se publicaron en ella y que respectivamente respondieron a los principios institucionistas de «educar» y «regenerar»: las «bibliotecas» de «Ciencia y Educación» que en sus varias secciones abordaba el problema pedagógico y logró, con eficacia, satisfacer las necesidades primordiales de la enseñanza; y Clásicos Castellanos que eran ediciones de obras de la Literatura española, pero siguiendo la metodología y el rigor filológico del Centro de Estudios Históricos, porque los responsables de estas ediciones eran eminentes filólogos formados en este organismo institucionista y colaboradores asiduos de éste.

De esta colección fueron sus promotores y animadores los dos discípulos más cercanos a Menéndez Pidal, miembros de la mencionada «escuela lingüística española»: Américo Castro y Tomás Navarro Tomás; precisamente fue el eminente fonetista quien explicó la gestación y la iniciativa que motivó el nacimiento de esta colección:

La idea respecto a la selección de obras y autores, tipo de comentario en notas y prólogos y hasta tamaño de libro y clase de papel se fue madurando en las reuniones nocturnas que celebrábamos con Acebal, en su casa de la calle de Lista cerca del paseo de la Castellana, Felipe Clemente de Velasco que era el propietario de *La Lectura*, Américo Castro y yo.³⁹

Impresos en papel pluma, los «libros»⁴⁰ ofrecían una estimable combinación de erudición filológica y divulgación textual. Este empeño editorial se anunciaba en una hoja suelta, un boletín informativo, en el que se detallaban los propósitos de esta «biblioteca» de obras clásicas de la Literatura española:

mediante ediciones de moderna traza que sumen estos tres esenciales elementos: perfección técnica, esmero material y extraordinaria baratura.

Al emprender esta publicación se proponían no sólo difundir nuestra riqueza literaria en volúmenes de formato moderno, como ya era usual y corriente en países como Francia, Inglaterra, Alemania o Italia; sino que estos textos se convirtieran en ediciones claras, correctas, con una precisión y conciencia filológicas. Era la explicación y «praxis» de los objetivos aprendidos por una generación en el Centro de Estudios Históricos alrededor de don Ramón Menéndez Pidal. La novedad que presentaba esta colección de *Clásicos Castellanos* consistía más en la forma de realizar el trabajo (fijación del texto, anotaciones e introducciones) que en el hecho de publicar determinadas obras. En el citado boletín de información se expresa la declaración de principios editoriales y de propósitos filológicos:

39. Homero SERÍS, *op. cit.*, p. 257.

40. Según la vigente Ley de 26 de julio de 1883 definía así el libro: «Todo impreso que, sin ser periódico, reúne en un solo volumen doscientas o más páginas.» *Cit.* por Francisco CENDÁN PAZOS, *Edición y comercio del libro español (1900-1972)*, Madrid, Editora Nacional, 1972, p. 21.

LOS TEXTOS de nuestra Biblioteca será reproducción de ediciones princeps y, siempre que sea posible, de los manuscritos originales, inspirándose, en lo que concierne a la ortografía de los autores más antiguos, en un escrupuloso criterio que armonice el respeto debido a las últimas investigaciones críticas y filológicas con la facilidad y aún la conformidad de la lectura para todos.

LAS NOTAS puestas al pie de cada página tienden a aclarar, con la parquedad y sencillez posible, las dificultades de mayor bulto que ofrezca el texto. Se servirán estas Notas de ejemplos sacados del vocabulario del mismo autor, o de un autor del mismo tiempo, para comentar filológica o literalmente el pasaje difícil o la frase oscura. En otro caso se recurrirá a la explicación meramente histórica.

LAS INTRODUCCIONES que acompañarán a cada obra han de estar asimismo encaminadas a la difusión de nuestras joyas literarias y comprenderán, por consiguiente, con mucha sobriedad, las más esenciales noticias sobre la vida y las obras de cada autor. En los casos en que el interés de los problemas suscitados lo aconsejara o lo impusiera, la Introducción será, no sólo el esbozo bibliográfico, sino, además, estudio de la significación del autor, o de la obra, considerados en relación con su tiempo.

Rigurosidad en la crítica filológica, criterio sobrio, exactitud investigadora y severa depuración de textos fueron los propósitos refractarios de la ideología institucionalista del Centro de Estudios Históricos, del que nació una promoción de estudiosos e investigadores que se diseminaron en entidades y núcleos para-institucionistas o empresas culturales que en su quehacer, y por la formación de sus responsables, se desenvolvían en un ámbito muy cercano al institucionalismo; tal es el ejemplo harto evidente de esta colección de Clásicos Castellanos de la editorial La Lectura que en acertadas palabras del profesor Mainer

desborda los límites usuales de una biblioteca de ese tipo: por su peculiar canon selectivo, por la orientación de sus prólogos y por la misma personalidad de sus colaboradores.⁴¹

La sucesiva publicación de obras clásicas, iniciada por Tomás Navarro Tomás y Américo Castro, comportó por cuestiones profesionales y personales de éstos la colaboración de otros filólogos formados directamente por Menéndez Pidal o dependientes de otras secciones del Centro: el propio don Ramón, Federico de Onís, el escritor director teatral Cipriano de Rivas Cherif, Vicente García de Diego, el dialectólogo Matías Martínez de Burgos, Gómez Ocerín, Samuel Gili Gaya valioso colaborador de Navarro Tomás, el tempranamente malogrado por la muerte Antonio García Solalinde, José Moreno Villa poeta y

41. José Carlos MAINER, *op. cit.*, p. 91.

creador y colaborador en la sección de Arqueología, Pedro Salinas poeta-profesor, el investigador literario José Fernández Montesinos, Manuel Azaña futuro presidente de la Segunda República Española.

A esta nómina se fueron añadiendo, por la necesidad imperativa que tenía la editorial de seguir con la publicación de los anunciados títulos «en preparación», una serie de figuras del mundo literario español e hispanoamericano, eruditos de diversa formación investigadora, críticos, historiadores y profesores extranjeros que continuaron *sui generis* la colección de Clásicos Castellanos: Víctor Said Armesto, Narciso Alonso Cortés, Federico Ruíz Morcuende, Ramón M. Tenreiro, José R. Lomba y Pedraja, J. Domínguez Bordona, José M.^a Salaverría, Francisco Rodríguez Marín que aportaba la apostilla prestigiosa «de la Real Academia Española», el jesuita secularizado Julio Cejador y Frauca, Agustín Millares Carlo, paleógrafo, el erudito Pedro Sáinz Rodríguez, el historiador Ángel Valbuena Prat, Agustín Cortina profesor argentino, el escritor mejicano Alfonso Reyes, el presbítero José M.^a Aguado y el agustino P. Félix García. Ello comportó, además, una nueva idea de «obra clásica», ya que por tal no solamente eran considerados los textos de la época medieval, los de los Siglos de Oro y los del período ilustrado de nuestra literatura, sino que a lo largo de los ciento cinco volúmenes publicados en los trece años, progresivamente y sin muestra de ruptura, bajo esta concepción nueva fueron apareciendo obras del período final del Romanticismo y de la época última del siglo XX, de autores contemporáneos ya consagrados, ya «clásicos».

La «biblioteca» de Clásicos Castellanos de la editorial La Lectura se erigió al inicio de su publicación como la colección de obras clásicas de la Literatura española que por el rigor metodológico y la exactitud crítica de sus ediciones, y por la ideología y formación de sus primeros colaboradores en ella, entroncaba directamente con la concepción filológica desarrollada por don Ramón Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos, organismo institucionista dependiente de la Junta para la Ampliación de Estudios. La confirmación de que el ideario institucionista trascendió más allá de las entidades pertenecientes a su ámbito es claro ejemplo de esta importante y longeva colección cuya edición de títulos ha llegado hasta nosotros —muy a pesar de los cambios editoriales y de las diversas «escuelas críticas» que se han sucedido. Queda, así, esta demostración como muestra de superación de la opinión expresada por José-Carlos Mainer al afirmar sobre los Clásicos Castellanos:

modesto recuerdo personal que queda muy parvo ante lo que fue —por razón de la selección de autores editados y la de prologuistas— la colección de textos escolares iniciadas en 1910.⁴²

42. José Carlos MAINER, «Prólogo», *Biblioteca Renacimiento 1915*, Madrid, El Crotalón, 1984, p. 17.